

www.elboomeran.com

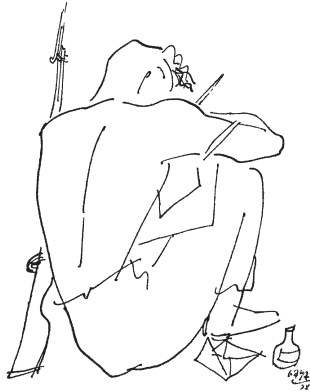
Andrés Trapiello
Las armas y las letras

imago mundi

Andrés Trapiello

Las armas y las letras

LITERATURA Y GUERRA CIVIL
(1936 - 1939)



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Andrés Trapiello, 1994, 2002, 2010

© Ediciones Destino, S.A., 2010

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es

Primera edición en Destino, revisada y ampliada: mayo de 2010

Segunda impresión en Destino: mayo de 2010

Primera edición: marzo de 1994

Diseño y maquetación: Alfonso Meléndez y Andrés Trapiello

Imagen de cubierta: *Las armas y las letras*, Carlos García-Alix, © 2010

Viñetas : Ramón Gaya (portada) y Eduardo Vicente

ISBN: 978-84-233-4191-7

DEPÓSITO LEGAL: M-23.509-2010

Impreso por Brosmac, S.L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN	13
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN	15
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	21
AGRADECIMIENTOS	25

CAPÍTULO PRIMERO un poco largo, en el que se encontrarán unas cuantas ideas generales sobre los viejos escritores de la generación del 98, la avilantez de los jóvenes, *La Gaceta Literaria* y la relatividad de casi todo, ideas expresadas unas veces con sencillez, y otras no tanto. **27**

CAPÍTULO SEGUNDO que trata de la maravillosa ciudad del Tormes, el Cuartel General de Salamanca y los primeros días de la guerra, con Miguel de Unamuno en primer plano y el general Millán Astray, Giménez Caballero y el conde de Foxá detrás, así como otras historias de fusilados, ostras y lentejas. **49**

CAPÍTULO TERCERO o de los primeros días de la guerra en Madrid, con otros sucesos en los que intervinieron J.R.J., José Bergamín y Rafael Alberti. **79**

CAPÍTULO CUARTO que relata los sucesos ocurridos en Madrid al bohemio Pedro Luis de Gálvez y a un calavera aristócrata, y los casos contrarios de Ramiro de Maeztu y Federico García Lorca, así como muchas otras vidas peregrinas y tristes. **137**

CAPÍTULO QUINTO o de la ciudad de París, en la que se reúnen muchos escritores exiliados, unos viejos ya, otros desengañosos y otros conspiradores, casi todos muy principales en las letras de España. **173**

CAPÍTULO SEXTO con noticias relacionadas con *Hora de España* y con los que colaboraron en ella, tanto en Valencia como en Barcelona. **215**

CAPÍTULO SÉPTIMO o de Pamplona, la pequeña Atenas, ciudad donde vinieron a parar o se juntaron escritores, carlistas y falangistas que empezaron a imprimir sus libros, revistas y periódicos, así como también de Sevilla, escenario para Queipo, Guillén y el gran visir de Marruecos. **255**

CAPÍTULO OCTAVO también de escritores falangistas y otros que no lo fueron, cuando llegaron a la ciudad de Burgos; del capitán de todos ellos, Dionisio Ridruejo, al viejo Manuel Machado. **287**

CAPÍTULO NOVENO continuación del anterior, con todos aquellos escritores catalanes que hicieron la guerra por la facción de Salamanca y Burgos, con parada en Pamplona, la pequeña Atenas. **335**

CAPÍTULO DÉCIMO dedicado al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, que celebró sus sesiones en julio del año 1937, y a otros escritores y corresponsales extranjeros. **359**

CAPÍTULO UNDÉCIMO para recordar a aquellos escritores que no encontraron un lugar más apropiado en otros capítulos precedentes. 407

CAPÍTULO DUODÉCIMO y último, que tiene por escenario la ciudad de Barcelona, y como protagonistas a algunos escritores que pasaron la guerra allí o unos meses de ella, hasta llegar al final de todo. 427

FINAL 489

• • •

LAS PERSONAS DEL DRAMA 503

CRONOLOGÍA GENERAL
DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA
(17-VII-1936 a 1-IV-1939) 597

ÍNDICE ONOMÁSTICO 617

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES 633

... tomando ora la espada, ora la pluma.

Égloga, III, 5

... las armas y las letras.

Quijote, I, 38

Cuando los hombres acuden a las armas, la retórica ha terminado su misión. Porque ya no se trata de convencer, sino de vencer y abatir al adversario. Sin embargo, no hay guerra sin retórica. Y lo característico de la retórica guerrera consiste en ser ella la misma para los dos beligerantes, como si ambos comulgasen en las mismas razones y hubiesen llegado a un previo acuerdo sobre las mismas verdades. De aquí deducía mi maestro la irracionalidad de la guerra, por un lado, y de la retórica, por otro.

Juan de Mairena, 1937

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

ALO largo de estos quince años se le habían ido añadiendo a este libro algunos datos y corrigiendo otros, pero nunca hasta ahora la revisión de conjunto había sido tan minuciosa ni los documentos inéditos y testimonios aportados tan significativos. En cuanto a la melancolía que produce saber que esta obra no podrá terminarse nunca del todo, queda mitigada en parte al constatar que la visión que tenía uno sobre el asunto, hace tres lustros, sigue siendo más o menos la misma.

Que el interés por la Guerra Civil lejos de disminuir ha ido en aumento, contra el vaticinio de algunos que lo encontraban de mal gusto literario o político, es evidente, y precisamente por ello no debemos separarlo de algunos hechos relevantes, como que aún, tres cuartos de siglo después de aquella guerra, queden todavía miles de víctimas enterradas en las cunetas y en fosas comunes, contra el deseo de sus familiares y debido a que muchos siguen encontrando la exhumación de esos cadáveres un asunto de mal gusto político o literario.

El paso de los años le confirma a uno en la idea que tuvo en aquel rapto de tres meses en los que escribí este libro, a finales de un ya lejano 1993, a saber: que la literatura no estuvo casi nunca a la altura del momento histórico, porque casi nada ni nadie lo estuvieron tampoco. Por suerte conservamos cientos de documentales y un conjunto inapreciable y excepcional de fotografías, esta, sí, extraordinaria y veraz aportación que pone de relieve con cuánta retórica se emponzoñaron o anestesiaron desde la literatura la mente y los corazones de la gente, mostrando, con mayor eficacia aún que novelas, poemas o crónicas lo que Walter Benjamin llamó «la estetización de la política» en el fascismo y «la politización de la estética» en los comunistas y otras fuerzas revolucionarias.

Entre los defectos que se le han achacado a esta obra, muchos de ellos seguramente incontestables, hay uno injusto: el de creer que su autor ha tratado de mantenerse en esa equidistancia que ha ido ganando terreno últimamente: la de pensar que en la guerra todos fueron

iguales, y que tanto un bando y otro, hermanados por las tropelías, venían a ser poco más o menos lo mismo. Dejemos zanjada esta cuestión: los crímenes, de una zona y otra, fueron, ciertamente, equiparables. Pero, por suerte para España y para nosotros, no todos los que vivieron aquella guerra fueron asesinos ni representan lo mismo: los irrenunciabiles principios de la Ilustración sólo estaban representados en la República; la lucha del otro bando fue por la civilización cristiana de Occidente y los privilegios seculares bendecidos por ella, mediante una cruzada que trataba precisamente de conculcar tales principios, sabiendo, desde luego, y como se repite hasta la saciedad en este libro, que ni todos los que combatieron con la República fueron demócratas o ilustrados ni todos los que arrojaron a los fascistas fueron fascistas ni dejaron de ser ilustrados, si acaso lo eran antes. «Nosotros tenemos ahora que cerrar la frivolidad de un siglo. Que desterrar hasta los últimos vestigios del espíritu de la Enciclopedia», diría Franco al recibir su laureada de San Fernando, terminada la guerra. Podemos enzarzarnos en debates eternos sobre quién empezó primero y quién tuvo mayores responsabilidades, sobre la legalidad y la legitimación, y sobre si la determinación de exterminio del enemigo animó únicamente a uno de los bandos o a ambos, pero tales porfías no deben hacernos olvidar lo primero, médula de todo lo demás, lo que cada cual defendía, por lo que cada cual estaba dispuesto a entregar su vida. La literatura de una y otra zona reflejó estos dos puntos de partida diametralmente opuestos (y de llegada tan a menudo idénticos), pero las frecuentes fisuras en los monolíticos discursos hace que los de un bando puedan encontrar apreciables algunas de las obras que se escribieron en el contrario, y al revés, ya que la literatura, por suerte también para todo el mundo, se ocupa principalmente de fisuras.

Nada más. Que la vida, lector, vuelva a reunirnos dentro de otros quince años. Si es así, será con nuevos datos, documentos y testimonios, eso es seguro, pues la verdad la construimos entre todos poco a poco.

Las Viñas, 1 de septiembre de 2009

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

I

ES difícil hablar de cien escritores y dar opiniones de cada uno de ellos y de sus libros, y esperar que todos los lectores se muestren de acuerdo enteramente con uno. O evitar que se embosquen los pequeños errores. Como decía el bachiller Sansón Carrasco, es «de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente a todos los que le leyeren». Eso es un sueño irrealizable, pero no, en literatura y en la vida, defender al débil de los fuertes, y a los fuertes y poderosos, de sí mismos.

Nuestro más admirable caballero, el de la Triste Figura, ¿fue un perdedor o un vencedor? Nadie puede dar, me parece a mí, una respuesta convincente a esta pregunta. Se puede escribir un libro sobre la cuestión; ahora, una respuesta clara y terminante no la hay.

Dicen quienes pisaron los campos de batalla, desde el Stendhal de las campañas napoleónicas al Martin du Gard de *Les Thibault*, de Homero a Jünger, que los hombres, en las guerras, descubren de sí mismos lo más valioso o lo más mezquino y degradante.

La literatura política de los años treinta, leída hoy, resulta en general imposible de digerir. Es raro que nadie pueda leer con gusto ni las elucubraciones de Ledesma Ramos ni las exaltaciones fascistas de Giménez Caballero o los discursos de Sánchez Mazas. De Laín o Tovar y sus arrequives y *vol au vents* nacionalsindicalistas ya ni hablamos.

Las crónicas de alguien como César Arconada o Herrera Petere, de un sentimentalismo abusivo, cuesta leerlas, y aquellos versos de Rafael Alberti, en los que se celebraba «al padrecito Stalin» o el caer que todos los obreros comen en la Unión Soviética, hoy se entenderían mal.

Un libro que tratara solo de la literatura que se escribió durante esos tres años de guerra sería seguramente un libro corto y sin interés. Vieron la luz miles de páginas, pero la mayor parte de lo que se publicó entonces entra dentro del apartado de la agitación y la propaganda.

Si no se es un fanático, en las guerras, en las revoluciones incluso, es difícil creer, y menos en las degollinas de las guillotinas, que habría dicho un bohemio modernista. Ahora bien, en la historia se dan, de vez en cuando, circunstancias de sugestión colectiva en las que los pueblos en masa empiezan no solo a desear, sino a reclamar de sus jefes, políticos o religiosos, la guerra y la revolución. «Locura colectiva» y «suicidio moral de España» llamó Unamuno a aquella guerra. Tampoco podría nadie explicar el porqué de estos entusiasmos prebélicos o prerrevolucionarios, ni lo pueden dilucidar los mil tratados escritos al respecto.

Ridruejo, en su *Escrito en España*, hizo un análisis bastante objetivo de julio de 1936: «La guerra era un hecho terminante frente al que no cabían matices: aceptarla o marcharse, y en la mayor parte de los casos simplemente aceptarla o sufrirla». Sin embargo, esta frase no cubre toda la responsabilidad moral: es lógico que quienes aceptaron la guerra, la sufrieran, pero ¿los que no la aceptaban? Sería algo así como subvenir a los gastos de un sangriento festejo al que no se ha sido invitado.

II

Todo lo que concierne a un escritor y a su vida suele ayudarnos a comprender mejor su obra. Hace unos años circularon por Madrid unas cuantas cartas de Gómez de la Serna dirigidas a Giménez Caballero, extremadamente fascistas. Una de ellas es de noviembre de 1939 y se encabeza con un «¡Arriba España!» y una banderita pintada por el «arribista» Ramón: «Sigo la vida de España en una perspectiva de adorador ferviente. Todas las torres están más en pie que nunca. ¡Feliz paisaje! Nuestro Madrid sé que ha vuelto a ser el que queríamos, el que nos habían deformado y que sentíamos esa deformación dolorosa e íntima, como si nos hubiese dado una parálisis infantil retrospectiva, algo así de incongruente y grave [...]. Tiene usted mi aquiescencia para reunir como quiera las páginas nacionales de mi obra literaria [seguramente para continuar la serie que Giménez Caballero había empezado con Baroja en aquella miscelánea que tituló, con el consentimiento de don Pío, *Comunistas, judíos y demás ralea*]. Nada me enorgullecerá ni me emocionará más. Con Sánchez Mazas, con José María

Alfaro, con Manuel Aznar estoy gestionando hace meses un puesto en el periodismo madrileño. Lo necesito con urgencia, porque soy el más náufrago de todos, ya que aquí solo viven los que se unieron a lo otro, a lo nefasto, para que su vida resultase fácil. De no llegar eso me ahogaré el primero de año». Etcétera. Estas cartas siguen inéditas. Cuando se publiquen, si se publican, no favorecerán la difusión de la obra del extraordinario escritor que fue Ramón ni ganarán para él nuevos admiradores. Su ocultación, en cambio, sería algo así como engañar en el peso o sisar en el cambio, al amparo de la penumbra o de la buena fe. Fue Lorenzo Villalonga quien dijo, a propósito también de la guerra: «Creo que es mejor no hablar de estas cosas, aunque quizá sea peor el olvidarlas».

Hasta donde pueda uno, es gran virtud la de ser comprensivo con los malos pasos, y entre negarlos o sacarlos a plaza pública suele haber algo intermedio: aceptarlos con naturalidad, sin hipocresía ni cinismo.

Es conocido el poema en el que Alberti nos describe los palacios saqueados al comienzo de la guerra: «¡Palacios, bibliotecas! Estos libros tirados / que la yerba arrasada recibe y no comprende, / [...] estos inesperados / retratos familiares / en donde los varones de la casa, vestidos / los más innecesarios jaeces militares, / nos contemplan partidos, / sucios, pisoteados, / con ese inexpresable gesto fijo y oscuro / del que al nacer ya lleva contra su espalda el muro / de los ejecutados». En una entrevista que publicó el *Abc*, el 18 de septiembre de 1936, en la que habla del palacio de los Heredia Spínola, en la calle del marqués del Duero, adonde la guerra le llevó a vivir, Alberti nos habla de los libros que encontraron en sus habitaciones particulares: «Los más recientes de El Caballero Audaz, Ramón Martínez de la Riva y otros escritores monarquizantes». El primero, como es sabido, fue un notorio panfletista con escaso talento literario. El segundo, un periodista sin brillo de *Abc*; el primero agitó durante la guerra y después de ella con escritos furiosos contra la República; del segundo, al que fusilaron en Madrid una semana más tarde de que lo señalara con su dedo justiciero el poeta revolucionario, poco más se sabe, aunque sí lo bastante como para no justificar que se quemaran sus libros, pues, de algún modo, quien quemaba los de El Caballero Audaz podría estar justificando a quienes quemaron, durante los siguientes cuarenta años, los del propio Rafael Alberti. Pues es con los libros,

buenos y malos, con lo que los Quijotes hacen sus vidas y los Cervantes su literatura, y esto no tiene vuelta de hoja.

III

Los límites temporales de este ensayo se establecen entre el 18 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939.

Un libro como este, no obstante, es como un cesto de cerezas, del que es imposible sacar una sin que arrastre tras de sí otras que a su vez se enzarzarán con dos o tres más, y así sucesivamente.

Tal vez a algunos autores se les dedique mucho espacio y muy poco a otros. Los novelistas sociales están peor representados aquí que Baroja o Unamuno, lo que sería explicable, pero Pedro Luis de Gálvez mucho mejor que Madariaga, por ejemplo, lo cual no lo sería tanto, entre otras razones porque fue él el primero en anunciar la idea certera de la tercera España. Se le concede más espacio a un escritor como Risco, gris y anónimo en su provincia, que a Pemán, cuya importancia en aquellos años fue infinitamente superior, y algunos, como Wenceslao Fernández Flórez o Sánchez Albornoz, únicamente se asoman como si se hubiesen equivocado de puerta; otros, desgraciadamente, ni siquiera asoman...

Este no es un libro de historia. Si hubiese sabido uno hacer un libro de historia, lo habría hecho. Si hubiese sabido escribir un libro de crítica literaria, me habría puesto a ello con entusiasmo. Al fin y al cabo lo que lleva una fecha se recuerda, aunque haya muerto. En cambio lo que no es de ayer ni de mañana, y está vivo, se olvida, porque la gente piensa que lo que no es de ayer ni de mañana, tampoco es de hoy. Para ser un libro de historia le faltan fechas; para serlo de crítica, una visión de conjunto y maneras que no tiene. Quizá, como la vida, sólo sea un híbrido.

Suele ser habitual considerar que las cosas *son* porque *han sucedido*, dándole a la *existencia* sentido de *valencia* y, además, de utilidad. En pocas palabras: en la medida que son, historia; en la medida que valen, crítica.

La óptica de la guerra, y su desenlace, sin embargo, trocó no pocas de las visiones sobre obras y personas, desenfocándolas a veces por hipermetropía, y otras, por miopía.

En 1940 Juan Ramón Jiménez escribió una carta al director de la mejicana editorial Séneca, José Bergamín, a propósito de una antología de poesía que esta casa preparaba de la obra del primero, y a propósito también de las poesías completas de Antonio Machado, que ya había sacado a la luz. Sobre la edición de estas últimas dice J.R.J.: «Me permito algunas observaciones sobre el prólogo del editor: prologar una obra escrita casi en su totalidad antes de cualquier circunstancia social, por grave que ésta sea, y destacar casi exclusivamente esa circunstancia y su relación con la obra, es relegar casi totalmente también esta obra a un segundo plano, del mismo modo que ocurriría con una vida. No me parece acertado decir que Antonio Machado vivía antes de la guerra en cuartuchos pequeños, en los que vivían tantos que como él arrastraban su vida española; y que solo la guerra y la muerte le ofrecían el palacio y los jardines en que él hubiera querido o debido vivir siempre (para llevárselo más a gusto de él). Esto, conociendo a Antonio Machado, tan poco necesitado de suntuosidades, me parece injusto, lijero, y más en las condiciones que traía a todos y a él una guerra de injusticia social».

El peligro, pues, como nos advierte J.R.J. muy oportunamente, es decir que se habla de poesía y literatura, y largar de rondón el gato de la política.

En la literatura española de este siglo existen dos títulos fascinantes. Uno es de Mourlane Michelena, *El arte de repensar los lugares comunes*. El otro, del menorquín Mario Verdaguer: *Un intelectual y su carcoma*. Ambos imantan un mismo centro: la obligación moral del escritor de transitar todos los caminos de la literatura, incluidos aquellos interceptados por un «prohibido el paso». «Repensar los lugares comunes es el mejor modo», decía Unamuno, «de librarse de su maleficio». El escritor, como la carcoma, roe sin descanso una oscura materia, hasta que logra abrir esa pequeña tronera desde la cual se contempla la bóveda celeste.

Los escritores, mejor, sus obras, son los lugares comunes de este libro nuestro. No hay que evitarlos. Los cancerberos de los lugares comunes son los prejuicios. Basta, pues, con repensarlos y abrir en el seco vigamen de su literatura esa silenciosa galería que le remonta a uno a las estrellas, vivas o muertas, pero todas con una luz muy conveniente y exclusiva.

Madrid, 19 de octubre de 1993

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

YA antes de 1975, y de muchos modos después, se pidió en España la democratización de nuestras instituciones políticas, y parecen aceptadas las fechas de 1977 o de 1982 como algunas de las posibles para fijar el inicio de la verdadera normalización democrática entre nosotros. La literaria se retrasó unos años más, y a ella contribuyó, entre otros hechos, y dicho con la mayor modestia, este libro, en el que trataba de presentarse de una manera panorámica el comportamiento de los escritores durante la Guerra Civil.

Podría parecer paradójico que hechos históricos tan alejados en el tiempo pudieran condicionar nuestro presente de entonces como lo hacían, pero era cosa evidente que mientras no tuviésemos una idea más clara y exacta de lo que pasó, nos iba a resultar difícil saber lo que estaba pasando y lo que podría pasar.

La tesis general de este libro y de otros escritos que fueron apareciendo poco después es que aquella no fue una guerra civil entre dos Españas, como erróneamente creímos muchos durante tantos años, siguiendo la idea de hombres perspicaces como Machado o Unamuno, sino la determinación de dos Españas minoritarias y extremas para acabar con otra, la mayoritaria tercera España en la que podían haberse integrado gentes de toda condición, edad, clase e ideología, excluyendo de ella naturalmente a aquellas otras dos, la fascista, por un lado, y la anarquista, comunista, trotskista o socialista radical por otro, tratando de ensayar a toda costa aquí revoluciones que ya habían salido triunfantes en la URSS, en Alemania o en Italia.

La estrategia de estas dos Españas y de quienes las representaban fue desde el primer momento ganar para su causa, libremente o mediante el poder, la coacción o el terror, a cuantos escritores tenían cerca, para usarlos como voceros, no dudando en quitarlos de en medio si estorbaban sus propósitos.

Los movimientos de aproximación o de huida se sucedieron en ambos bandos a menudo, y si Baroja dijo a Moreno Villa aquello de «qué mal hemos quedado en esta guerra los del 98», cabría añadir que

en esa guerra fueron pocos, contados, los que quedaron bien, tanto si la ganaron como si la perdieron, y esa fue la herida que en unos y en otros tardó en cicatrizar medio siglo, doliéndose de ella ellos mismos y todos los demás.

En realidad este libro, a medio camino entre la historia y la literatura, no quería ser más que un observatorio, y es lo que, ocho años después, sigue siendo, me parece a mí. En ese tiempo se han publicado innumerables estudios parciales que se ocupan de cuestiones ya traídas aquí, corrigiéndolas a veces o, en otras, confirmándolas, pero como obra general sigue ocupando el campo en solitario, y por ello sale ahora corregida, disminuida y aumentada, a veces en asuntos primordiales y otras, en matices de más o menos valor, confirmando así un sentimiento genuino mío, a saber, que un libro como este es una obra colectiva, de muchos esfuerzos, aunque figure una sola persona como único autor.

Cuando yo creía que las reacciones, al editarse por primera vez *Las armas y las letras*, iban a ser violentas o al menos partidas en favorables y desfavorables, sorprendió a muchos, incluido uno mismo, que resultaran en general tan elogiosas. Aunque hubo, claro, opiniones que criticaban el libro sin paliativos, considerando que en él se ofrecía «una información tan desigual como fragmentaria», y deploraban que no se incluyese un buen «aparato de citas». Alguno incluso, pareciéndole pocos los trescientos de los que se hablaba, tuvo por un descalabro vergonzoso que me hubiese olvidado de citar a escritores tan importantes como Koldo Michelena, eminente filólogo vascongado.

Comprendo que desde la universidad española, de donde provenían tales críticas, hubiesen deseado un libro lleno de notas a pie de página, pero la propia universidad debiera comprender a su vez que uno es varón de poco aparato, y lo lógico hubiera sido que este libro se hubiese escrito, con o sin notas, por mí o por otro, veinte años antes en la universidad española, amantísima de sus hombres más preclaros. Pero las cosas son como son y no de otra manera, el libro sale de nuevo eunuco de notas bibliográficas y eruditas y don Koldo Michelena se queda de momento al paio, hasta mejor ocasión, ya que la primera intención de estas páginas no era formar alumnos o codearse con catedráticos, cosas ambas muy gratas siempre, sino pensar en los lectores curiosos.

Por lo que sé, el libro sirvió a no pocos de estos para darse cuenta de que si en las armas no bastaba con separar a los contendientes en buenos y malos, en las letras menos aún, pues no es infrecuente tropezarnos con quienes equivocándose de bando en las armas, atinaban en el de las letras, o al revés. Y les sirvió también para llegar a autores que orillados entonces, como Chaves Nogales, parecen haber entrado al fin en nuestro trato común, o para revisar obras y actitudes como las de Baroja, lo cual, dicho sea de paso, me enredó con uno del beaterio barojiano en un grotesco proceso judicial, que hizo bueno una vez más aquel «tengas pleitos y los ganes», ganado como quedó.

Como declaré al publicarse la primera edición, me habría complacido encontrar el justo medio, sin ofender a nadie y sin faltar a la verdad. Ahora, cuando he podido corregir, lo he hecho con gusto, y he dejado de hacerlo cuando me parecía que era más importante la verdad que el desagrado que en algunos protagonistas o en sus parientes o admiradores produjo leer los pasajes donde aparecían aquéllos.

Los estudios literarios, salidos casi siempre de veneros académicos, se han multiplicado de una forma exponencial y a menudo ejemplar, y, lo que es más importante, la actitud frente a la literatura de nuestro pasado más reciente ha cambiado por completo. Escritores que hace apenas veinte años eran denostados o menospreciados, cuando no ridiculizados, hoy son parte de nuestro propio canon, por usar palabra de culto, y a otros que parecían blindados por razones políticas o personales puede uno acercarse con criterios propios sin temor a represalias.

Así, pues, un libro que contribuyó en lo que pudo a la pacificación de la literatura reciente española, ve otra vez la luz, solo que más tranquilo, sin aquellos temores de dejar el campo ajustado de nuevo, y con la misma ilusión de ensanchar las miras de todos, haciéndolas longánimas como las vastas mesetas manchegas en el corazón de nuestro hidalgo Alonso Quijano, el primero que supo poner en su sitio, con su valencia propia, armas y letras.

A.T.

Madrid, otoño de 2002

AGRADECIMIENTOS



Por sus consejos, sus préstamos y su paciencia, aparte de por su mucho saber, quiero poner aquí, a fin de que queden junto al mío y al de otros vivos y difuntos, los nombres de quienes trajeron a estas páginas un poco de concordia y buen sentido cuando me veían, estos últimos meses, darle desaforadas cuchilladas a los viejos odres de la erudición, la literatura y la crítica: Javier Bello Portu, Juan Manuel Bonet, Manuel Borrás, Rafael Borrás (ideador de este libro), Rafael García-Ormaechea, Ramón Gaya, Félix Grande, Abelardo Linares, Antonio Martínez Sarrión, Miriam Moreno, José Muñoz Millanes, Carlos Pujol y Enrique Selva. Estos son los nombres que aparecieron en la primera edición, a alguno de los cuales, como Abelardo Linares y Juan Manuel Bonet, inagotables fuentes de conocimiento y amistad, he de volver a citar de nuevo y añadir a ellos en primer lugar a Carlos García-Alix, fundamental en buena medida por la iconografía incorpora-

da en esta edición y por otros consejos (y, claro, por su cubierta, tan cubista como zurbaranesca y española), y a Jordi Amat y Jordi Gracia, que revisaron el texto definitivo. También mi gratitud por sus préstamos y pistas a José María Abuín, Rafael Cansinos, Juan Manuel Castro Prieto, José Antonio Durán, Javier Fernández, Carlos Flores Pazos, Jesús Gálvez Yagüe, Gabriel García Santos, Pedro Gozalves, Manolo Gulliver, José-Carlos Mainer, Juan Marqués, Alfonso Meléndez, César Moreno, Xavier Pericay, Joaquín Puig, Fernando Rodríguez Lafuente, Javier Rodríguez Marcos, Emili Rosales, Guillermo Salafranca, Gabriel Sánchez Espinosa, Silvia Sesé, Carmen Sierra Bàrcena, Luis Felipe Torrente, Guillermo Trapiello, Rafael Trapiello y José Tudela; y al Archivo Histórico Nacional, la Editorial Renacimiento, la Fundación García Lorca, la Residencia de Estudiantes, la Fundación-Archivo Rafael Cansinos Assens y los periódicos *Abc* y *El País*, por lo mismo.

Y a quien venga a este solar con la bayoneta calada, aclararle que no hay para tanto. Y que sangre pasada no mueva molino. Sea.